

Reflexiones de un ministro de Franco

Fernando Suárez González (*)

DIARIO 16, en cuyas páginas hemos podido leer tantos innecesarios ultrajes a la memoria de Francisco Franco, me pide hoy un artículo destinado a la conmemoración del cuarto aniversario de su muerte. No he de escurrir el bulto alegando que veo con desagrado la línea del periódico en este aspecto, no voyan a pensar que encubro así alguna suerte de reserva ante el tema o ante la ocasión.

Mi opinión acerca del Generalísimo es muy fácil de resumir. Yo creo que el 20 de noviembre de 1975 entró en la Historia una figura excepcional, como diría dos días después su heredero en la Jefatura del Estado, que iba a ver en su recuerdo una exigencia de comportamiento y de lealtad para con las funciones que asumía. «Es le pueblos grandes y nobles —dijo en aquella solemne ocasión S.M. el Rey— el saber recordar a quienes dedicaron su vida al servicio de un ideal. España nunca podrá olvidar a quien como soldado y estadista ha consagrado toda la existencia a su servicio.»

El Franco que yo conocí no era, naturalmente, el general que acababa de obtener la victoria, ni el

jefe mítico a cuya presencia temblaban las piernas de sus escuadristas. Era un anciano comprensivo, que escuchaba pacientemente las opiniones ajenas y que, bien seguro de su poder, dejaba amplio margen a las soluciones concretas de gobierno. Ahora es muy sencillo atribuirle todos los errores, todas las actitudes retrógradas, todas las mixtificaciones y todos los frenos de que se hizo uso a lo largo de su régimen. Pero yo tengo pruebas inequívocas de que entre nosotros ha habido —y hay todavía— personajes más franquistas que Franco, con los cuales el diálogo era —y es— incomparablemente más difícil que con Franco mismo.

Es cierto que nunca sometió a debate su investidura, que organizó referéndums monopolizando la televisión, que construyó su partido desde el poder en lugar de acceder al poder desde el partido y que nadie en ese partido hizo carrera contra su voluntad. Pero yo ya no sé si esos fueron defectos de Franco o costumbres inseparables de los gobernantes españoles. Al fin y al cabo, yo estuve algunas temporadas en las Cortes y no sólo no me hicieron cambiar de opinión con



un sólo gesto, sino que siquiera me sugirieron nunca lo que había de volar.

Es absolutamente cierto que las libertades formales no estaban entre sus obsesiones y que concebía la política como una actividad de mejora moral y material de los españoles, despreciando el inevita-

ble desgaste de la lucha por el poder. Lo resume bien aquella frase suya, según la cual «cuando un país está venciendo etapas difíciles de su desarrollo económico, social y cultural, sería un suicidio gastar a sus mejores hombres en la dialéctica y desaprovecharles para la planificación y la ejecución eficaz». Esa condición de reformista autoritario fue, seguramente, decisiva para el colosal avance que España logró bajo su gobierno. Le preocupaban las libertades reales y en eso no se puede decir que fuera anacrónico. Por eso tomó en sus manos un país con un 26 por 100 de analfabetos y redujo esa cifra al 2, o con una renta de 420 dólares de 1975 y la elevó a los 2.620.

Partidos y representación

Había sido testigo de la situación a que las luchas partidistas habían llevado a España y en su patrimonio ideológico entraron las doctrinas que intentaron superar esos cauces de representación y arbitrar otros nuevos.

Por eso era incompatible con los partidos, pero no con la represen-

tación. Y por eso le irritaba que se considerase a la democracia alternativa radical a su Régimen, quizá porque soñaba para España una democracia real, gobernable, con equilibrio entre autoridad y orden y pensaba que para lograrla era preciso poner al país en forma. El propio proceso de elevación material generó la necesidad de reformas políticas.

De ahí que, cuando tomé posesión de la vicepresidencia tercera del Gobierno y dije ante el Generalísimo que aquellos años de paz y de progreso habían alumbrado una sociedad nueva, más culta y evolucionada, que no tenía ya las necesidades de carácter primario y que sentía la necesidad de una mayor participación, él me felicitara, incluso con efusión. No fue él, desde luego, quien ofreció resistencia a un modelo de huelga más avanzado, a unas elecciones sindicales transparentes y veraces, o a una mayor integración de algunos sectores que entonces estaban extramuros del Régimen y que podían haber tenido amplia participación, de no haberlo impedido

(Pasa a la página siguiente)